

SAN PERICH HUMORISTA Y MARTIR

Jaime Perich Escala (a) «El mandril», (a) «El Tintoreto», (a) «La migale», (a) «El bisbetó», vino al mundo bajo el signo del Escorpión. Como Picasso. Al nacer pesó casi seis kilos y la comadrona lo halló hermoso y normalmente constituido. De pequeñín se entretuvo aplastando caracoles con una plancha e intentando introducir en el culín de la niña de la portera un lápiz de colores. Al parecer no logró su intento, quedándole desde entonces una inmensa tristeza. Nuestro artista cursó sus estudios en los Sagrados Corazones —los de Molokai— hasta la edad de quince años en que fue expulsado del colegio por haber intentado seducir a la hermanita de un compañero de clase, intento que, al igual que la experiencia del lápiz, no se vio coronado con el éxito.

De niño, Perich había demostrado una gran afición hacia el dibujo. A los cinco años había realizado ya una notable copia de La maja desnuda: el cuerpo era el de la maja y el rostro, un rostro bicéfalo, el de los señores Dalmau y Viñas. Sus papás, viendo la afición del chaval, decidieron meterle en la Editorial Bruguera para que aprendiera el arte de fabricar eso que ahora llaman un comic. En Bruguera —uno de los centros de formación de artistas intelectuales—, Perich aprendió muchas cosas e imaginó y dibujó no pocas historietas que, desgraciadamente, no llegaron a publicarse. En una de ellas Perich nos mostraba a una opulenta Bella Durmiente rodeada de sapitos de plexiglás y chupando, golosa, un monumental pirulí de menta, que le ofrecía un príncipe disfrazado con la camiseta del Barça. Resulta todavía un misterio como logró Perich publicar sus primeros dibujitos en «La Soli». Su incorporación al «Correo Catalán» es bien conocida: Perich penetró en la redacción vestido de

pastor —con barretina y todo— y rodeado de treinta y cuatro corderos. Bailó una sardana con el señor Busquets Molas, le regaló un edelweis a Huertas Clavería y le hizo una caricatura a Ibáñez Escofet disfrazado de capitán Escofet. Luego Perich se pasó al «Tele/eXprés» y de allí a «La Vanguardia». Por dinero, porque le pagaban mejor, y porque esos dos rotativos son, respectivamente, el mejor periódico de la tarde y el mejor periódico de la mañana.

Desde su incorporación a estos dos rotativos, Perich es un hombre famoso. Sus libros se agotan en un santiamén; sus frases —«Cuando un bosque se quema algo suyo se quema, señor conde», «¡Qué hermoso es perder la Vida por la vida»— se glosan en los colegios; Cirici Pellicer le consagra catorce artículos en «Serra d'Or» bajo el título general «Perich, entre Nogués y Speedy González»; el doctor Obiols prepara un mamotreto sobre el que él denomina «síndrome de Perich». Y Perich sale en la tele, y aprende a jugar al golf, y le regala a su mujer un pirulí de esmeraldas y brillantes, y está a punto de grabar un long-play con sus propias canciones, y dicen que pronto le nombrarán caballero del Santo Sepulcro.

Perich, como hombre famoso que es, era el más indicado para jugar con esa be modernista en el cuarto año de su gozosa aparición. Pero aún hay otra razón para que sea él el elegido. Perich es un habitual de Bocaccio; Perich bebe ginebra en Bocaccio, muchas ginebras, y, a eso de las 3, una hora antes de que nos echen, Perich se encierra en el water, pinta uno de sus dibujitos en la pared, se mira al espejo, sonrío, enciende un «ducado» y se marcha a su casa, satisfecho, ligeramente satisfecho.

JOAN DE SAGARRA